

## JUAN BETANCOR: UN PREMIO PARA

Revisando el historial de las quince Bienales Regionales de Bellas Artes que hasta ahora lleva convocadas el Gabinete Literario de Las Palmas, puede constatar que al fallo de los premios otorgados en cada ocasión ha seguido una polémica que ponía en tela de juicio la equidad de aquellos. A veces, tales disconformidades no han pasado de ser materia de corro: allí, aficionados más o menos competentes —más menos que más— destacaban a sus premiados, haciéndose lenguas de su bondad. Otras, las discrepancias con la actuación del jurado ha trascendido a públicos regones: en la prensa de Las Palmas y de Tenerife quedan registradas muestras de voces iracundas; algunos de tales registros no serían desdeñables en una celtibérica farandula.

En la ocasión presente, el Premio de Honor de la Bienal ha recaído en Juan Betancor, un pintor joven, de 1942. Para no ser excepción, también esta vez han sonado campanas contrariadas. Pero —rara avis— las censuras habidas aluden a una cuestión de forma, no de fondo, en la concesión del premio. Nadie parece dudar de la valía de la obra de Juan Betancor. Es uno de nuestros pocos pintores jóvenes que goza de general consenso (1). Mas, el caso es que desde siempre el Premio de Honor —único significativo de los que se

conceden en la Bienal por su cuantía, doble de la del inmediato inferior— se había otorgado a un artista de edad más o menos prolecta, con intención de recompensar no tanto la obra u obras presentadas cuanto la dedicación al arte durante toda su vida. Venía esto a significar una especie de reconocimiento definitivo y final. En esta última edición del certamen, la maquinaria no ha funcionado como anteriormente. El jurado (2), quizá por la presencia en él de miembros foráneos, no suetos por tanto a compromisos locales de porte sentimental, decidió premiar la obra que, según su criterio, resultara ser la mejor de las admitidas al concurso. Entre aproximadamente ciento sesenta trabajos expuestos fue elegido un Paisaje de Betancor. ¿Acertó el jurado? En mi opinión, el cuadro mencionado era la obra mejor y más interesante que podía contemplarse en la muestra heterogénea que ofrecían las salas del Gabinete (3). En cuanto a la cuestión de dejar sin recompensa la obra de pintores de más edad me parece obvia. Si un artista ha trabajado durante veinte o treinta años y realizado una obra valiosa, esta obra habrá suscitado, sin duda, la atención de público y críticos más vastos y positivos que los que asisten y estiman a una Bienal Regional. Por tanto, el premio que aquí pudiera



obtener no habría de significar nada para él. ¿Puede uno imaginarse a Millares, Cristino de Vera, Manrique, Pedro González, etc., añadiendo, a estas alturas de su carrera, el Premio de Honor de la Bienal de Las Palmas a su curriculum? Si, por el contrario, la obra realizada por ese hipotético artista no ha trascendido fuera del círculo provinciano por su falta de calidad (y podría citar como ejemplo algunos de los premiados en anteriores Bienales) ¿a qué distinguir lo que no tiene interés, ni otro mérito que la constancia? El sentimentalismo —entendámoslo de una vez— está casi siempre reñido con el buen juicio. Y las decisiones domésticas frecuentemente están tocadas de excesivos sentimentalismos y de excesivos pequeños intereses (la mezcla huele, y no a rosas). De ahí el poco juicio de que adolecen.

Betancor, pues, ha obtenido el Premio de Honor. Mas, con ser esta una decisión justa y razonable, a mí, personalmente, lo único que me interesa del hecho es que Betancor **ya no podrá obtener de nuevo tal premio.** ¿Se ve clara mi intención al decir lo que digo? Me explicaré, de todas formas.

Betancor ha conseguido en la provincia la máxima recompensa artística a la que podía aspirar, joven o viejo. El campo local, por tanto, está agotado. Ahora, sus propósitos deben encaminarse a la exploración de nuevas posibilidades y proyecciones para su obra, y esto le forzaré a realizar un trabajo más continuo y vigilante. Ya sabemos cuán fuerte es el peligro de adocenamiento cuando el medio en que vive y trabaja el artista no exige más y mejor. Pero, por fortuna o desgracia, la competencia

estimula. Y si Betancor desea que su obra se estime como él cree que puede y debe estimarse, no tendrá otra alternativa que salir del acogedor ámbito provinciano y exponerse en otro, más vasto y arriesgado, donde, en definitiva, ha de dar su auténtica estatura de pintor.

Conociendo la idiosincracia de Betancor, no dudo que esta suerte de reto al que se ve enfrentado ha de cohibirle no poco. Conociendo, también, sus posibilidades, me parece que aceptarlo y proponerse superarlo no será para él tarea excesivamente difícil. De cualquier manera, ocurra lo que ocurra, Betancor no tendrá que aguardar a que el Premio de Honor de la Bie-

nal de Las Palmas culmine sus veinte o treinta años de dedicación a la pintura. Si pudiéramos decir lo mismo de algunos de nuestros artistas jóvenes los libraríamos de un peligro cierto: el de ser toda su vida unos artistas provincianos.

Ahora me gustaría referirme a la obra de Betancor; hablar de su forma tan propia y sugestiva de interpretar el paisaje; de su color, parco y jugoso; de su técnica, trabajosamente adquirida. Ya he escrito en alguna ocasión sobre su pintura. Y en el futuro volveré a escribir sobre ella, y mucho, seguramente. Porque Betancor —estén atentos— será un pintor del que habrá que hablar largo y tendido. Nosotros y otros. Si no, al tiempo.

#### LÁZARO SANTANA

(1). Aunque en su última exposición —la mejor de las que lleva realizadas, y acaso por eso mismo— no vendiera ninguna obra.

(2). El jurado estuvo compuesto por: Manuel Padrón Quevedo, Jesús Hernández Perera, Luis González Robles,, José Miguel Alzola, José Rodríguez de la Rosa, Gregorio de León y Pedro del Castillo.

(3). Apunto también las acuarelas de Manolo Sánchez, realizadas como casi todas las suyas con impecable maestría, y unos dibujos de Alvarado Janina, resueltos con técnica puntillista. Las acuarelas obtuvieron un premio; los dibujos pasaron desapercibidos.